

# SERMÓN

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE SAN ANTONIO DE BÉJAR EL DÍA 8  
DE MAYO DE 1881, DESPUÉS DE LA CONSAGRACIÓN DEL SEGUNDO  
OBISPO DE SAN ANTONIO, DON JUAN NERAZ.



*Ad eam venient pastores et greges  
eorum.*

Vendrán á ella pastores con sus  
ganados.

*Jerem. VI, 3.*



QUIÉN no es familiar el sublime cuadro del Pescador de Galilea, que solo, sin oro, sin auxilios, penetra en Roma, señora entonces del universo, con el intento nada menos que de abatir el poder de los Césares y derribar los templos de sus dioses? ¿Quién no ha admirado mil y mil veces á los sucesores de ese hombre, cuyo humilde manto ocultaba las llaves del cielo, sentados sobre el trono de Augusto, y dictando leyes á la tierra entera? Nada pudieron los verdugos de Nerón, nada las invencibles legiones romanas, contra la sublime potestad espiritual de que iba reves-

tido el Príncipe de los Apóstoles, y que superó todos los obstáculos, y supo triunfar de todos sus enemigos.

Escenas harto semejantes presenciaron estas comarcas cuando, hace dos siglos, catorce discípulos de San Francisco vinieron á plantar sus tiendas á orillas de vuestro pintoresco río, atravesando desiertos más peligrosos aún que los mares que acababan de cruzar. Si temeraria pudo parecer la empresa de Pedro, al entrar por las bocas del Tíber, más loca era á los ojos del mundo la pretensión de aquellos religiosos, resueltos á predicar la fé á indomables salvajes, y á enarbolar la bandera de la civilización en medio del yermo. Y sin embargo, lo consiguieron. Esos nuevos pastores que vinieron seguidos de pequeñísimo rebaño, muy pronto lo centuplicaron, trasformando en ovejas los que parecían leones, y de tal manera uniendo la antigua á la nueva grey, que llegó tiempo en que sería imposible distinguirlas. Cómo aquellos inermes sacerdotes consiguieron lo que hoy día no pueden alcanzar los ejércitos más poderosos, es un misterio que no podrá jamás explicarse quien no comprenda la perpétua vitalidad de la Iglesia católica, su inmenso poder para dilatarse, y la protección que le da desde el cielo su Divino Fundador para que pueda reparar en un punto las pérdidas que en otro haya sufrido.

Después de siglo y medio llegó la hora en que los beneméritos franciscanos no pudieron ya continuar la obra empezada. El Señor, á quien pertenece la tierra y su plenitud, que es dueño del mundo y de cuantos en él habitan, *Domini est terra et plenitudo ejus, orbis terrarum et universi qui habitant in eo*, dispuso en los inescrutables designios de su providencia, que otras manos regasen

esta porción de su viña. Vosotros (ó al menos vuestros padres) visteis cambiarse de repente la faz de las llanuras en que abristeis los ojos; pero el Señor no os abandonó. Vinieron, como de Jerusalén había anunciado el Profeta, juntamente con nuevos pastores, nuevos rebaños á que aquellos tenían que atender de preferencia; pero como la Iglesia católica no es más que una grey bajo un solo Pastor Supremo; como de él dependen y á él obedecen los encargados de las diversas porciones de este gran rebaño, de aquí resultó que los fieles hijos de la Iglesia hallaran en ellos padres amantísimos y guardadores celosos de la fé primitiva. No habéis olvidado, por cierto, al santo varón<sup>1</sup> que fué el primero en venir á estas regiones en los tiempos más calamitosos, que no cesó de evangelizar un solo instante, desafiando los mayores peligros, y arrostrando las mayores penalidades, y que, cargado de días y de méritos, murió hace diez años siendo Arzobispo de esta provincia eclesiástica. Presente se halla el infatigable varón,<sup>2</sup> que tanto ayudó al santo Prelado en su obra gloriosa; que fué vuestro párroco y luego vuestro Obispo; que, por último, no pudiendo apacentar una grey que cada día se aumentaba, dividió con otros el enorme peso que abrumaba sus hombros.

Uno de ellos fué el Prelado, sobre cuyo ataúd, prematuramente abierto, os vieron hace un año orar y gemir, ¡oh mexicanos! mostrando así vuestra adhesión á la santa Iglesia católica y vuestro respeto y veneración á

<sup>1</sup> Monseñor Odín, Vicario Apostólico de Tejas, primer Obispo de Galveston y después Arzobispo de Nueva Orleans.

<sup>2</sup> Monseñor Dubuis, actual Obispo de Galveston.

vuestro legítimo jefe. El Supremo Jerarca, en su solicitud por todas las Iglesias, se fijó para sustituirlo en la digna persona del que por tantos años ha trabajado entre vosotros y que os ama con paternal afecto. Nacido en Francia, ordenado en los Estados-Unidos, consagrado desde entonces al cuidado de la población mexicana de estas comarcas, en su elección resplandece la unidad de la Iglesia católica, que no reconoce límites ni fronteras, á cuyos ojos nadie es extranjero, que ha realizado ese bello ideal de la fraternidad universal, que fuera de su seno es pura ilusión.

Sobre esta unidad de la Iglesia pienso haceros breves reflexiones, aplicables á vuestras circunstancias particulares, y á las augustas ceremonias que habéis presenciado esta mañana. ¡Quiera el Divino Espíritu prestarme su auxilio y la Virgen Madre su intercesión!

AVE MARÍA.

## I

¡Cuán bella es la vestidura de la Iglesia! En ella se admiran todos los colores del iris, *circumamicta varietatibus*; en ella resplandecen todos los matices y brillan las piedras preciosas de todos los países del mundo; pero es una sola, una, sin costura ni añadidura, tejida por las manos de su divino Esposo y Fundador. ¡Feliz el que fué amamantado en su regazo! Donde quiera que vaya encontrará hermanos cariñosos y en los países más remotos sentirá que no es extranjero. Las mismas doctrinas, los mismos sacramentos, las mismas ceremonias hallará en todas partes, así en el Japón como en Polonia, así en la Gran Bretaña como en Patagonia. La misma fé en Jesucristo, Redentor de los hombres, la misma devoción á la Virgen Santísima, Madre de Dios, la misma obediencia al Sucesor de San Pedro, Vicario de Cristo, le será predicada por el sacerdote católico de París ó Varsovia, de Nueva-York ó de Quito, por el presbítero del siglo I, por el del XIX, ó por el que viva después de veinte centurias. Con las mismas místicas palabras caerá el agua santa sobre el recién nacido, la misma voz de mando hará bajar al Dios del cielo en el incruento sacrificio, con la misma sentencia absolutoria serán per-

donados los pecados en esta moderna República que en los antiguos Imperios ó los nuevos Estados que se vayan formando. Una es la esposa del Cordero, una sola, sin mancha ni arruga; uno solo el Cuerpo de Cristo, aunque sean diversos y varios los miembros de que consta.

¿Y cómo, en medio de tantas variaciones, cómo, en medio de tantos cambios y trasformaciones y vicisitudes del género humano, la Iglesia sola se conserva la misma, sin alteración, sin mudanza, sin decaimiento? ¿Cómo, mientras las naciones más poderosas se dividen, se separan, desaparecen, la Iglesia católica sale siempre triunfante de sus enemigos y perseguidores, y sobrevive á todos los establecimientos humanos? ¿Dónde está el secreto de esa unidad maravillosa, de que nace su vitalidad que tanta envidia causa á los heterodoxos, su indeficiencia, que contemplan con ira sus adversarios?

¡Ah! No necesito decíroslo. Sabéis que fué fundada sobre roca, sobre una roca contra la cual se estrellarán en vano las olas de la impiedad, contra cuya solidez no han de prevalecer las puertas del infierno; sobre Pedro, por cuya fé rogó Jesucristo y á quien concedió el primado universal. A él y á sus sucesores encomendó el Señor antes de su ascensión, juntamente con las ovejas de todo el mundo, á todos los pastores de inferior dignidad. ¿Qué ovejas le fueron confiadas (pregunta San Bernardo)? ¿Acaso las de una sola ciudad, de una sola provincia, de un solo reino? *Quas? Istius vel illius populi, civitatis, aut regionis, aut regni?* No por cierto, prosigue el ilustre Padre, *oves meas dixit;* todas las ovejas que redimí con mi sangre, dijo el Príncipe de los Pastores, todas, sin

excepción alguna, cualquiera que sea la época en que vivan, cualquiera que sea el país en que abran los ojos, *nihil excipitur, ubi distinguitur nihil.* Un solo redil fué el que estableció Jesucristo, una sola casa, una sola arca de salvación, y sobre ella puso un solo pastor supremo, un solo mayordomo, un solo piloto á quien delegó todas sus facultades, á quien confirió la potestad soberana de atar y desatar.

Hé aquí el secreto de la unidad de la Iglesia católica. Esa autoridad suprema del Romano Pontífice, Vicario de Jesucristo en la tierra, ese auxilio sobrenatural que le imparte el Espíritu Santo para que jamás yerre cuando algo nos enseña desde su cátedra sagrada, esa justa severidad con que ella arroja de su seno á todo el que en lo más mínimo desconoce sus prerrogativas, es la que dá á la Iglesia católica esa superioridad sobre toda institución meramente humana, y nos presta á sus miembros esa confianza en nuestra salvación, que en vano buscaréis en los que navegan fuera de esa barca divina.

Debiendo comprender la Iglesia á todos los hombres, porque todos quiere Cristo que se salven, *vult omnes homines salvos fieri,* desde el principio tendió á dilatarse y á extenderse, conforme á su esencia y al mandato expreso del Salvador. *Euntes docete omnes gentes,* dijo el Señor á sus primeros Enviados: id, marchad sin temor, que nada os arredre, que ninguna distancia os espante. Id, enseñad á todas las naciones, por bárbaras y lejanas que os parezcan, por duras que sean sus cervices y rudas sus inteligencias. Id, predicad el Evangelio á toda creatura, dadles el bautismo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; llevad á todos el auxilio sobrena-

tural de los Sacramentos, alimentadlos con el pan de la Divina Palabra; no dejéis de inculcarles que guarden celosamente todos los preceptos que os he dado.

¿Necesito indicaros una vez más la prontitud con que los Apóstoles obedecieron el mandato divino? ¿Seguiré los pasos de Pedro y de Pablo hasta Roma, de Santiago hasta España, de Tomás hasta las Indias Orientales, y quizá *más allá*? No, por cierto, Señores. Pasando por alto algunos siglos, os conduciré al mercado de Roma, convertida ya al cristianismo, pero que aún no acaba de subyugar á todo el mundo bajo su sacrosanta bandera. Un santo monje lo recorre, y se detiene á contemplar unos esclavos que se hallan de venta, de elevada estatura, finísima piel, bellas formas, rostro angelical. ¿De dónde son? pregunta (según nos narra el venerable Beda) ¿quién es su rey? ¿son cristianos? y al saber que son de Inglaterra y que aún yacen en las tinieblas del paganismo, *Angli vere angeli*, exclama. ¡Qué lástima que el Demonio ejerza todavía su ominoso imperio sobre esos hombres tan hermosos que, como su nombre nos sugiere, más parecen ángeles que mortales! Ese monje era San Gregorio Magno, que al subir pocos años después al sumo Pontificado, envía sin tardanza á aquella isla á San Agustín con otros pocos hijos del Patriarca San Benito, á predicar el Evangelio.

Como los catorce franciscanos que vinieron á evangelizar á estas regiones; como los sacerdotes que después vinieron á apacentar vuestras almas, desembarcan aquellos apóstoles en la lejana Bretaña, cuya lengua y costumbres ignoran. El mismo Agustín al poco tiempo era ya Primado de la Isla, pronto convertida al cristianismo,

y sus manos consagraban otros Arzobispos y Obispos, que lo reconocían por jefe y hermano, mientras que reyes y pueblos se postraban humildes á sus plantas.

¡Bendito sea el Señor que al fundar su Iglesia abolió la diferencia entre gentil y judío, bárbaro y escita, como nos declara San Pablo! ¡Qué misión tan sublime la de la Sede Romana, centro de la unidad católica! ¡Con qué majestad, desde aquellos remotos tiempos enviaba el Supremo Pontífice Obispos y predicadores á Oriente y Occidente, al Septentrión y al Mediodía á conquistar reinos enteros sin más armas que la Cruz de Jesucristo! ¡Bien hayan aquellos pueblos que acogían á los enviados del Jefe de la Iglesia, como á enviados del mismo Dios, y sin preguntarles dónde habían nacido, ni qué lengua habían aprendido á balbutir en la infancia, los recibían como á padres y les entregaban su corazón! Ni Indalecio ni sus compañeros nacieron en España; Cirilo y Metodio no eran eslavos; y así como Agustín necesitó de intérprete al arribar á Inglaterra, así también Bonifacio ignoraba hasta la lengua de los Germanos al llegar á su territorio; con todo, aquellos países en vida y en muerte los han reconocido como suyos, y se glorían de sus santas hazañas.